

# Reseñas

## El origen del sentido CRISTINA MARQUÉS

*Sentido del nacimiento y origen del sentido, una  
reconstrucción del pensamiento de Freud.*

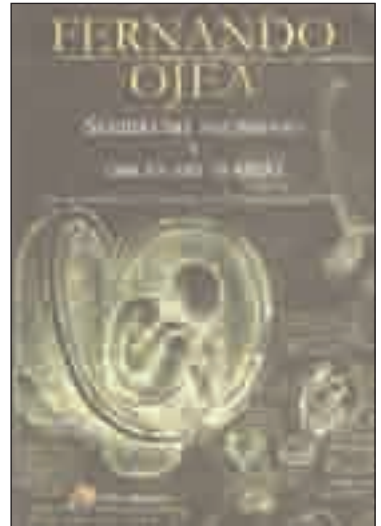
Fernando Ojea  
Arena Libros, Madrid, 2008

El texto que nos ofrece Fernando Ojea es un análisis fenomenológico que nos retrotrae hasta el origen del sentido como fuente del trágico desgarro que constituye la vida del humano, hablante nadador a contracorriente entre un tiempo originario y una meta fatal. Como el subtítulo nos enseña se trata de una crítica filosófica, ontológica, de la teoría de Freud.

Ojea retrotrae la sexualidad infantil al nacimiento mismo entendido como fractura originaria, advirtiéndonos de que no se trata de la fractura de ninguna unidad previa (madre gestante); tampoco podrá nunca alcanzarse la completud: la fenomenología del sujeto le descubre como estructuralmente destinado al desencuentro consigo mismo y con el mundo.

El desgarramiento original es estructural y se manifestará en tres tiempos: el *tiempo originario* que visa el porvenir, el *destiempo* que pretende un presente eter-

no de satisfacción absoluta, y el *contratiempo* que es un pasado congelado (inconsciente), pero indestructible en su insistencia por descontrolar los intentos del aparato psíquico para administrar una estrategia que le permita alcanzar la satisfacción parcial del modo más económico posible. La prudencia del contratiempo, tiempo de la represión sobre el destiempo, que pretende conseguir el placer absoluto de forma instantánea, se ve permanentemente distorsionado, desbordado por el deseo inconsciente, que reclama la inalcanzable aprehensión del fin que huye en el horizonte.



Trágica fenomenología, escenario mundano donde se dramatiza la estructura ontológica que se constituye en el momento del nacimiento. El neonato arrojado al mundo anticipa lo que el tiempo, los tres tiempos que Ojea establece, no hará más que desplegar. El neonato está ya constituido porque están dadas las condiciones de posibilidad de su despliegue temporal. Los tres tiempos señalan los niveles de radicalidad del análisis. Su suelo está en el tiempo originario de la fractura originaria que es seguido por el destiempo, la pretensión de desandar el camino impidiendo que el displacer vuelva; el destiempo es el intento de apresamiento instantáneo del objeto de la satisfacción absoluta, alucinatorio intento que acabaría con él de no surgir el tercer momento del contratiempo; el contratiempo instaura la prudencia de la acomodación a las exigencias mundanas para lograr una parcial satisfacción a pesar de la insistencia del deseo inconsciente.

Lo interesante del planteamiento de Ojea está en retrotraer el análisis fenomenológico hasta el momento del nacimiento. En ir más acá de la teoría de la sexualidad infantil freudiana, hasta localizar las condiciones de posibilidad del sentido y de la angustia. La sexualidad infantil tal como la concebía Freud queda reducida a un marco teórico impreciso que Ojea asedia y radicaliza hasta el abismo de la fractura original, que no es la del parto, empírica y que no serviría para su propósito ontológico.

La fractura es la del neonato mismo y aunque no pueda hablarse de un sujeto dividido, puesto que no hay ni lenguaje ni posición subjetiva propiamente dichas, están ya dadas sus condiciones

de posibilidad ontológicas que no harán sino desplegarse temporalmente; como no podía ser de otro modo, los tres momentos no son espacio temporales sino lógicos. El neonato arrojado a la intemperie despliega su estructura en tres momentos. Estos tres tiempos constitutivos son el origen del sentido y de la sexualidad porque la pulsión surge con la necesidad de descargar las tensiones generadas en el acto del nacimiento; el neonato se desgarró en el intento fallido de zafarse del displacer alcanzando el fin hacia el que ha sido impulsado.

Hay un intento algo nietzschiano de escapar de la cárcel de la razón para mejor caer en ella. El intento de alcanzar el más acá de la conciencia, de alcanzar la subjetividad aún prematura, lleva a Ojea a la consideración del acto el nacimiento, que él denomina fractura original, porque en su primer momento, tiempo original, el neonato ya se debate contra los elementos de los que no podrá zafarse en toda su vida porque son condiciones ontológicas ciegas e inexorables.

### **La Necesidad y sus imposibilidades**

La Necesidad es el nombre de la inexorabilidad de la ley; el cumplimiento de las leyes de organización interna del sujeto es anterior a la palabra; y su eficaz funcionamiento es una anticipación de lo que llegará a desplegarse como subjetividad.

Esta misma anticipación se produce en los profenómenos de la sexualidad y la angustia. ¿No tiene la muerte su origen en el nacimiento?, si es así, la angustia ante la muerte tiene que anclarse en una angustia esencialmente previa que

marque la dirección de la flecha hacia el destino fatal.

El mecanismo de la pulsión nunca pone su dispositivo a cero, la pulsión no conoce la homeostasis, entonces, ¿no estará ya prefigurada en la tensión acumulada en el neonato a causa del *displacer* del nacimiento? El ser arrojado al mundo, empujado hacia el escenario de la vida, se ve impulsado hacia el horizonte desde la desorientación y el desamparo más radicales.

El sentido de la propia existencia, en tanto que discurso, que narración que nos convierte en héroes de nuestra propia novela, está ya prefigurado en esa búsqueda sin palabras, sin yo, y sobre todo, sin objeto, del neonato en pos de un fin que se le escapa en el horizonte dejándole sumido en la angustia de una tensión creciente.

La consideración del desgarramiento originario, entre la nada que es el neonato y la tensión acumulada por la inalcanzable satisfacción, es lo que constituye el objetivo teórico de Fernando Ojea que desciende hasta las anticipaciones últimas del sentido.

Para desvelar el horizonte anticipador del sentido Ojea articula la Necesidad, estructural, en tres tiempos que son tres imposibilidades.

Tres imposibilidades que podrían reducirse a la imposible identidad del sujeto consigo mismo; el desencuentro está garantizado, la acomodación, siempre inestable, entre los objetivos perseguidos y el grado de satisfacción logrado pone de manifiesto la distancia estructural entre objeto y fin.

Estas tres imposibilidades son tres tiempos de la sexualidad.

En el primero, *tiempo originario*, se establece la tónica adentro/afuera. Simultaneidad del alzamiento del horizonte del fin y extrañamiento de su trágico interior, pura nada, que divide al neonato; desorientación y desamparo ante un fin imprevisible que se le escapa generándole gran tensión. Pero el efecto *boomerang* no tarda en producirse, el neonato retrocede hasta el vacío sin fondo que es él mismo y que inaugura el sentido.



Esta fractura originaria es la errancia y el vagabundeo a la búsqueda de la satisfacción articulada a la angustia por la intemperie a la que se ve obligado a volver, en una repetición semejante a la de Sísifo, ante la piedra que debe subir para que vuelva a caer y ser subida de nuevo. Constatación simultánea de la satisfacción anticipada y de la angustia por el esfuerzo titánico.

El tiempo segundo, el *destiempo*, es el momento en que el neonato persigue el logro de la satisfacción absoluta de un modo instantáneo; es el tiempo de la pretendida anulación del tiempo, de la negación de la imposibilidad que le constituye: el aplazamiento *sine die* del logro de la completa satisfacción. El neonato sueña con la satisfacción inmediata y absoluta que lo destruiría, pero tiene que aprender el incesante aplazamiento del fin aguantando la tensión y la angustia.

El tercer tiempo, el tiempo del *contratiempo*, es el tiempo de la represión y por ello el momento en que la sexualidad encuentra su cumplimiento estructural. No obstante, la sexualidad está localizada ontológicamente en el nacimiento como en su lugar de origen esencial; bien es cierto que la sexualidad recorre los tres tiempos y que es en el tercero, el de la represión, donde se abrocha la circularidad de la pulsión, donde se fija el perenne desajuste entre el objeto y el fin.

En este contratiempo que es la represión ya se puede hablar de la elección de objeto y de su separación definitiva del fin, no obstante, la sexualidad está ya prefigurada en el nacimiento porque está en la dialéctica interior/exterior originada por la fractura, y que consiste en la simultaneidad del alzamiento del horizonte del fin y la división del sujeto, desfondado pero sostenido en el horizonte.

Ojea critica la instancia biologicista de la primitiva libido del yo freudiana y remite a su hermenéutica de los tres tiempos.

### Fenomenología, hermenéutica y sentido

Ojea es explícito a la hora de dar sus coordenadas filosóficas. La fenomenología y la hermenéutica le guían metodológicamente en su investigación sobre los profenómenos anticipadores.

Puesto que considera que Freud parte del contratiempo, que para Ojea es tercero, él busca el más acá en el profenómeno del nacimiento donde se ancla el sentido. Pero esta raíz es pura nada, desfondamiento y angustia, en ella destaca el sentido.

Ojea indaga en profundidad, desciende al destiempo y al tiempo originario. Retrocede hasta el profenómeno del nacimiento: punto de partida absoluto, momento de la anticipación de lo que empíricamente se repetirá porque sus condiciones de posibilidad ontológicas están localizadas en la fractura originaria.

Pero su perspectiva existenciarista es optimista; si bien rechaza la metafísica por constituir el mejor relato de ciencia ficción, como afirmó Borges, tampoco se para en la angustia de la repetición pulsional: el acto del nacimiento no está reñido con el nacimiento del acto.

Más allá de la encubridora metafísica, que ofrece una completud imaginaria, está la ontología del existente humano, pura temporalidad al mejor estilo heideggeriano, pero creadora de sentido. Afirma Ojea una repetición "buena", que abre la imposibilidad de completud hacia la creatividad. Angustia sí, pero también creatividad.